

LAS CRÓNICAS OFICIALES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN FILIPINAS (1581-1768)

EDUARDO DESCALZO YUSTE
(*Universidad Autónoma de Barcelona*)

CITA RECOMENDADA: Eduardo Descalzo, «Las crónicas oficiales de la Compañía de Jesús en Filipinas (1581-1768)», *Nuevas de Indias. Anuario del CEAC*, I (2016), pp. 117-148.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5565/rev/nueind.6>

Fecha de recepción: 20 de julio de 2016 / Fecha de aceptación: 13 de diciembre de 2016

RESUMEN

El presente trabajo pretende ofrecer una visión global y panorámica de la producción cronística de la Compañía de Jesús en Filipinas en su primera época (1581-1768). Analizamos las obras de Pedro Chirino, Francisco Colín y Pedro Murillo Velarde, los tres autores que conformaron la «historia oficial» jesuita en el archipiélago. De esta manera, pretendemos revelar la imagen que los propios jesuitas quisieron proyectar al mundo y a la Historia a través de unas obras que tuvieron sus particularidades en función de la época en la que se escribieron, pero cuyo objetivo común fue ensalzar la labor de la Compañía en el archipiélago filipino.

PALABRAS CLAVE

Compañía de Jesús; Filipinas; crónicas; misiones

ABSTRACT

In this paper we try to offer a global vision of the production of chronicles of the Society of Jesus in the Philippines in the period 1581-1768. We analyse the works of Pedro Chirino, Francisco Colín and Pedro Murillo Velarde, the three authors that wrote the Jesuit «official history» in the islands. That's how we try to reveal the image that the Jesuits wanted to project to the world and to the History through a

few works that had their own special features depending on when they were written, but that shared a clear goal: praise the work of the Society in the Philippine Islands.

KEYWORDS

Society of Jesus; Philippine Islands; chronicles; missions

INTRODUCCIÓN

Ya desde sus inicios, la Compañía de Jesús estuvo muy interesada en construir su propia memoria histórica, con la intención de proyectar una imagen determinada ante la opinión pública y ante la Historia. El propio Ignacio de Loyola ordenó que los miembros de la orden enviaran periódicamente noticias de sus actividades apostólicas a Roma, desde donde se distribuirían entre los demás correligionarios.¹ Estas relaciones, denominadas *litterae annuae* o cartas anuas, estaban destinadas tanto a la publicidad de la orden como al mutuo conocimiento y edificación de los miembros del Instituto repartidos por las más diversas y remotas partes del orbe. Sobre todo en los territorios de misiones extraeuropeas, como recientemente descubiertos e ignorados hasta entonces, tales relaciones obligaban a sus autores a agudizar el instinto de observación para descubrir los misterios de las Indias occidentales y orientales. Esta circunstancia preparó a muchos de sus protagonistas para escribir, con frecuencia en su etapa de madurez, algunas de las primeras historias y descripciones de los lugares en los que habían desarrollado su labor de evangelización.

Los sucesores de Ignacio siguieron su política respecto a la historia de la Compañía. En septiembre de 1598, el general Claudio Acquaviva envió una carta a todos los provinciales de la orden donde ordenaba que se

1. Santiago Arzubialde, Jesús Corella y José M^a García Lomas (eds.), *Constituciones de la Compañía de Jesús, Introducción y notas para su lectura*, Santander-Bilbao, Sal Terrae, 1993, Constituciones 673 y 676, pp. 293-296.

remitiesen a Roma relatos históricos de los colegios y residencias jesuitas repartidos por todo el mundo. En su misiva indicaba que debía darse cumplida noticia de la fundación de colegios y casas, de sus fundadores y progresos, de la recepción habida entre los lugareños, de los benefactores, de los contratiempos, de los éxitos en la evangelización, etc. Finalmente, pedía que se hiciera una exposición de las vidas virtuosas de los obreros de la Compañía, expresada a través de abundantes menologios, que solían remitirse epistolarmente desde las provincias a Roma y entre las propias provincias para su lectura en los refectorios de los colegios. Como expresaba el propio Acquaviva, este trabajo era «una deuda completamente para con los nuestros, no menos para con los mayores que para con los venideros, para que no falte a aquéllos el reconocimiento a su virtud y a éstos el ejemplo».² A su muerte, la VII Congregación General de 1616 incorporó esta orden a las normas que debían seguir los provinciales, lo que permitió que las historias locales de colegios, residencias, misiones y otros establecimientos pasaran a formar parte de los archivos de la orden al servicio de su propia historia y propaganda.

Así pues, la historia se convertía en una gestora de identidad colectiva y de engarce intergeneracional entre los miembros de la Compañía. Como ha señalado Antonio Rubial para otros ámbitos coloniales, la responsabilidad de su redacción recayó en personajes de una gran cultura y de una profunda experiencia institucional de sus provincias, que fueron designados como sus cronistas oficiales.³ Es en este marco donde debemos situar la redacción de las crónicas oficiales de la Compañía de Jesús en Filipinas, cuyos representantes fueron los padres Pedro Chirino, Francisco Colín y Pedro Murillo Velarde.

2. Copia de la carta en el Archivo Histórico de la Provincia de Toledo de la Compañía de Jesús (AHSIPT), Caja 62, Documento 1, Colegio Imperial.

3. Antonio Rubial, «La crónica religiosa: historia sagrada y conciencia colectiva», en *Historia de la literatura mexicana. La cultura letrada en la Nueva España del siglo XVII*, coord. Raquel Chang-Rodríguez, México, Siglo XXI, 2002, p. 347.

PEDRO CHIRINO, PRIMER CRONISTA JESUITA DE FILIPINAS

El padre Pedro Chirino fue el primer cronista jesuita de las islas Filipinas, y seguramente el más importante de todos.⁴ Nacido en Osuna (Sevilla) en 1558, embarcó para el archipiélago en septiembre de 1589 en la flota que debía llevar al nuevo gobernador de las islas Filipinas, Gómez Pérez Dasmariñas (1590-1593). La expedición arribó a Manila el 20 de junio de 1590, previo paso por Nueva España.

A su llegada a las islas, Pedro Chirino no tardó en aprender el idioma nativo tagalo, y rápidamente fue destinado a trabajar entre los nativos. Durante sus casi cuarenta y cinco años de labor apostólica en Filipinas, el padre Chirino realizó muy diversos trabajos, desde simple operario de indios hasta catedrático en el Colegio de Manila. Sin embargo, su cargo más relevante fue el de procurador de la viceprovincia, en virtud del cual viajó a Roma en 1602 con el objetivo de conseguir el ascenso de Filipinas a la categoría de provincia independiente de Nueva España, de la cual dependía hasta entonces, lo que efectivamente ocurrió en 1605. Regresó posteriormente a las islas, donde permaneció hasta su muerte en 1635.

La obra historiográfica de Pedro Chirino se compone de dos obras fundamentales no sólo para la historia de la Compañía de Jesús en Fili-

4. Su figura ha sido tratada, con mayor o menor profundidad, por diversos autores en los últimos años. Manuel Ruiz Jurado, «Fr. Pedro Chirino, S.J. and Philippine Historiography», *Philippine Studies*, XXIX, 3-4 (1981), pp. 345-360; Ana M^a Prieto Lucena, *El contacto hispano-indígena en Filipinas según la historiografía de los siglos XVI y XVII*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1993; Jaume Górriz, «Introducción», en Pedro Chirino, *Història de la Província de Filipines de la Companyia de Jesús, 1581-1606*; prólog. de Miquel Batllori, transcripción de Jaume Górriz, Barcelona, ed. Pòrtic, 2000, pp. 27-38; «Pedro Chirino en la historiografía filipina: el manuscrito inédito de la *Primera Parte de la Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús*», en *Imperios y naciones en el Pacífico*, I. *La formación de una colonia: Filipinas*, eds. M^a Dolores Elizalde Pérez-Gruoso, Josep M. Fradera y Luis Alonso, Madrid, CSIC, 2001, pp. 227-247; José Arcilla, voz «Chirino, Pedro», en *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico Temático*, dirs. Charles E. O'Neill y Joaquín M^a Domínguez Roma-Madrid, Institutum Historicum S.I.-Universidad Pontificia de Comillas, 2001, Tomo I, pp. 789-790.

pinas, sino para la historia del propio archipiélago: la *Relación de las Islas Filipinas, y de lo que han trabajado en ellas los Padres de la Compañía de Jesús* (Roma, 1604) y la *Primera Parte de la Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús*, que quedó manuscrita. Como ha indicado Jaume Górriz, la *Relación* no sería más que un avance, con fines divulgativos, de la *Historia*, en la que se desarrollan ampliamente los contenidos de la primera.⁵

LA RELACIÓN DE LAS ISLAS FILIPINAS

La *Relación de las Islas Filipinas y de lo que en ellas han trabajado los Padres de la Compañía de Jesús* fue publicada en Roma en 1604, durante la visita del padre Pedro Chirino a la Ciudad Eterna en calidad de procurador de la viceprovincia de Filipinas.⁶ El texto tiene un enorme valor por cuanto es el primer testimonio escrito por un miembro de la Compañía de Jesús sobre la llegada y la implantación del Instituto en las islas Filipinas. La obra fue redactada a instancias del general Claudio Acquaviva, quien pidió a Chirino que expusiera la situación en la cual se encontraba la Compañía en el espacio filipino, tal y como declaraba el propio autor:

Habiendo de dar cuenta a V.P. del estado y punto, en que está nuestra mínima Compañía en las Filipinas (por la obligación de mi oficio de Procurador, enviado para esto el Julio pasado de seiscientos dos y como persona que he gastado en ellas catorce años de lo mejor de mi vida)...⁷

En este sentido, la obra ayudó a consolidar la decisión del General de convertir la misión filipina en una provincia independiente de la Nueva España. La propia escritura de una crónica (aunque breve, como en este

5. Jaume Górriz, «Pedro Chirino...», p. 227.

6. Pedro Chirino, *Relación de las islas Filipinas y de lo que han trabajado en ellas los PP. de la Compañía de Jesús*, Roma, Esteban Paulino, 1604.

7. Pedro Chirino, *Relación de las Islas Filipinas y de lo que en ellas han trabajado los padres de la Compañía de Jesús*, Manila, Imprenta de D. Esteban Balbás, 1890, p. 5.

caso), venía a demostrar que la misión había alcanzado un cierto grado de madurez y estaba preparada para caminar por sí misma. Por otro lado, las referencias en el texto a la escasez de efectivos en el archipiélago y los perjuicios que de esta circunstancia se derivaban para la Cristiandad son numerosas, lo que nos lleva a pensar que, además de un objetivo propagandístico de la labor de la Compañía en Filipinas (tanto en el interior de la orden como para el resto de la sociedad), la obra pretendía fomentar las vocaciones misioneras a las Indias orientales tanto como fuera posible.

La *Relación* se divide en ochenta y dos capítulos, casi todos ellos de una breve extensión. Los tres primeros repasan de forma muy sumaria el descubrimiento del archipiélago filipino y el asentamiento español previo a 1581, año en el que llegaron los primeros jesuitas. A partir del capítulo cuarto comienza lo que es propiamente la historia de la Compañía en las Filipinas. Se relatan los primeros años de la misión, desde 1581 hasta 1596. En ese periodo se dieron también los primeros pasos en la organización eclesiástica del archipiélago. En 1594 se produjo la división de Filipinas en cuatro diócesis a instancias del primer obispo de Manila, el dominico fray Domingo de Salazar. Además, se dividió el territorio en zonas de predicación reservadas a cada una de las órdenes religiosas que en aquel momento había en Filipinas: agustinos, franciscanos, dominicos y jesuitas. A éstos les correspondió, además de Manila, donde había presencia de todas las órdenes, la mayoría de las islas Bisayas (Cebú, Leyte, Samar y Bohol), en la zona centro-sur del archipiélago. El relato de esta ampliación del área de influencia de la Compañía sirve al cronista para hacer hincapié en uno de los *leitmotiv* de la obra: la escasez de individuos con los que se contaba, por lo cual se da una especial importancia a las llegadas de nuevos misioneros a Filipinas en 1584, 1595 y 1596. La llegada de esta última expedición la valora así el padre Chirino: «Fue buen socorro este; para que junto con el del año antes, se pudiese comenzar a extender la Compañía por las islas que le habían cabido por provincia y acudir a los pequeñuelos, que pedían pan, y no había quien se lo repartiese».⁸

8. *Ibíd.*, p. 50.

A partir de 1596, la *Relación* toma su estructura definitiva en forma de anales, que se mantendrá hasta el final de la obra (1602). Para cada año se repasa lo ocurrido en cada uno de los colegios, residencias, doctrinas o misiones a cargo de la Compañía, empezando normalmente por Manila. El tema central del relato es la evangelización de las Filipinas. Sin embargo, los indígenas y su entorno tienen un gran protagonismo en el mismo, en cuanto objeto de dicha evangelización. Así, la obra aporta abundante información sobre el archipiélago y los nativos filipinos (su modo de vida, costumbres y creencias, etc.), sobre la influencia de los españoles en ellos y sobre los instrumentos empleados por los miembros de la Compañía de Jesús para su evangelización. La distribución de los capítulos dedicados al mundo indígena puede parecer aleatoria, ya que se van insertando en la narración sin un orden aparente. Sin embargo, existe una lógica subyacente: cuando en la narración aparece algún aspecto de la cultura indígena que Chirino considera interesante y / o relevante, le dedica un capítulo aparte.⁹ De los ochenta y dos capítulos que contiene la *Relación*, diez de ellos están dedicados específicamente al mundo indígena, abarcando muchos y variados aspectos de su cultura, elemento plenamente integrado en la tendencia iniciada por José de Acosta y su *Historia natural y moral de las Indias* en los años precedentes.¹⁰ Así, la crónica de Pedro Chirino, al ser una de las primeras que se refería a las Filipinas, constituye una obra fundamental para conocer a los indígenas del archipiélago y sus costumbres prehispánicas.

9. Ana M^a Prieto Lucena, *El contacto hispano-indígena...*, pp. 39-40.

10. Es interesante aportar aquí los títulos de dichos capítulos, para poder observar la variedad de temáticas tratadas: *De los baños de los Filipinos* (Cap. X); *De las lenguas de las Filipinas* (Cap. XV); *De los comedimientos y términos de cortesía y buena crianza de los Filipinos* (Cap. XVI); *De las letras de los Filipinos* (Cap. XVII); *De la falsa religión gentilica, idolatrías y supersticiones de los Filipinos* (Cap. XXI); *De los matrimonios, dotes y repudios de los Filipinos* (Cap. XXX); *El modo que los Filipinos tenían en amortajar y sepultar sus difuntos* (Cap. XXXIII); *De los convites y embriagueces de los Filipinos* (Cap. XXXIV); *De las usuras y esclavonías de los Filipinos* (Cap. XLVI); *Del modo de nombrarse de los Filipinos* (Cap. LXXX).

LA PRIMERA PARTE DE LA HISTORIA DE LA PROVINCIA
DE FILIPINAS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

La segunda obra del padre Pedro Chirino, *Primera Parte de la Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús*, quedó manuscrita y no vio la imprenta hasta fechas muy recientes.¹¹ Pese a ello, su importancia es capital, debido a la influencia que tuvo en la historiografía jesuita posterior en Filipinas. La obra se divide en cinco libros, precedidos de un breve prólogo del autor, dirigido por una parte a sus correligionarios en el archipiélago y, por otra, al lector. La extensión de la *Historia* es mucho mayor que la de la *Relación*. Esto no se debe a la ampliación del marco cronológico, pues la narración apenas abarca cuatro años más que su predecesora, extendiéndose hasta 1606. La razón principal es que, además de la ampliación de algunos de los capítulos incluidos en la primera obra del padre Chirino, en el relato de la *Historia* se incluyen algunos acontecimientos políticos, especialmente cuando en ellos participa algún jesuita, aunque sea de forma tangencial. En la *Relación* Chirino había prescindido de referencias a la historia política, al considerar que este aspecto quedaba sobradamente cubierto por la obra *Sucesos de las Islas Filipinas* (1609) del oidor Antonio de Morga, tal y como expresaba en sus primeras páginas:

La historia copiosa, y cumplida de aquellas islas tiene escrita con gran cuidado, verdad y elocuencia, el Dr. Antonio de Morga, del Consejo del Rey Católico, y su oidor en la Real Chancillería de Manila.¹²

El argumento general de la *Historia* es la crónica de las misiones jesuitas en Filipinas, aunque representa una ampliación de lo apuntado en

11. Pedro Chirino, *Història de la Província de Filipines de la Companyia de Jesús, 1581-1606*; prólogo de Miquel Batllori, transcripción de Jaume Górriz, Barcelona, Ed. Pòrtic, 2000.

12. Pedro Chirino, *Relación...*, p. 6. Antonio de Morga publicó su obra en 1609, es decir, cinco años después de que la *Relación* de Chirino viera la luz. Sin embargo, es muy probable que el jesuita tuviera ocasión de leer lo que Morga había redactado, antes de pasar a Europa como Procurador de la Viceprovincia jesuítica en 1602.

la *Relación*. La estructura de la narración es la misma: como si de unos anales se tratase, para cada año se repasa lo ocurrido en cada uno de los colegios, residencias, doctrinas o misiones a cargo de la Compañía, empezando normalmente por Manila. Sin embargo, a veces el relato de algunos sucesos avanza en el tiempo hasta que se da por finalizado, y entonces retrocede de nuevo y se retoma en el año inicial, pero en otro contexto. A partir de este hilo conductor, la narración se despliega y aborda temas muy variados, de una amplitud mayor que los tratados en la *Relación*, y llega a constituir una descripción general del archipiélago filipino, una auténtica «historia natural y moral de las Filipinas».

Como apunta Jaume Górriz, cuatro son las razones que pueden explicar esta amplitud temática que va más allá del título de la obra.¹³ En primer lugar, las islas Filipinas eran por entonces una novedad en Europa, por lo que se podía entrar con cierta profundidad en temas que no eran el principal de la obra, ya que existía un interés por conocer más de los nuevos territorios. El propio Chirino expresaba así su visión de esta cuestión:

Llegado de las Filipinas a España a mediados de 1603, casi todo el mundo quería verme para pedirme información sobre el Nuevo Mundo [Filipinas], sobre el que declaraban no conocer más que su nombre. Se sorprendían de mis respuestas, y expresaban el deseo de ver una historia bien escrita sobre cómo era aquella tierra. En la Corte española, algunos amigos me pidieron que la escribiera.¹⁴

En segundo lugar, la evangelización de las Indias no era una cuestión exclusivamente religiosa, sino que afectaba a todos los niveles de la sociedad. En el Nuevo Mundo, la función del sacerdote en el entramado social no se limitaba al ministerio espiritual. La misión religiosa y evangelizadora era el núcleo a partir del cual se difundían los fundamentos del nuevo orden que se estaba implantando; es decir, se producía un adoctrinamiento a nivel social y político de los indígenas. Excepto en los

13. Jaume Górriz, «Introducción...», pp. 31-32.

14. Manuel Ruiz Jurado, «Fr. Pedro Chirino. ...», p. 356 (traducción propia del inglés).

lugares donde se concentraba la escasa población europea, el sacerdote reunía en su persona las funciones de representante del Estado, como su único signo visible en tiempos de paz, a excepción hecha de la visita periódica de los recaudadores de tributos.

En tercer lugar, los misioneros actuaban en un contexto cultural ajeno a la mentalidad europea, con el que se veían obligados a interactuar para conseguir la transformación de las sociedades indígenas. Por ello, la descripción de las sociedades indígenas ocupa una parte importante de la *Historia* del padre Chirino, ya que el conocimiento de éstas provenía no sólo de la pura curiosidad científica del autor, sino que era una información relevante y necesaria para el desarrollo de la acción evangelizadora. En este sentido, Chirino se basó, para la clasificación de los pueblos que habitaban el archipiélago filipino, fundamentalmente en el modelo propuesto por el padre José de Acosta, quien en su *Historia Natural y Moral de las Indias* describía las sociedades y el medio natural de los pueblos americanos.¹⁵ Acosta consideraba que la comprensión de las culturas indígenas era necesaria para la obra apostólica, y había que atender a los aspectos de éstas que fueran más favorables para el trabajo misional.

Por último, en la *Historia* de Pedro Chirino la naturaleza adquiere un marcado protagonismo, ya que no es sólo el escenario inerte donde transcurre la historia humana, sino que es considerado como un condicionante fundamental en la explicación de las costumbres humanas y en su variedad, así como un marco donde queda engrandecida la labor del misionero. Por ello, su descripción y análisis son imprescindibles, ya que permiten contextualizar y entender muchas de las cuestiones presentadas en el relato. Pedro Chirino presenta una imagen idílica de las islas Filipinas, consideradas casi un Edén, donde su belleza y su riqueza natural son continuamente puestas de relieve. No obstante, las Filipinas no destacan sólo por sus riquezas materiales, sino que son presentadas también como un punto clave en la geopolítica del Extremo Oriente, al ser el nexo de unión entre las Indias orientales y las occidentales:

15. José de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias*, Sevilla, Juan de León, 1590.

[las Filipinas] las puso Dios en medio de aquel nuevo mundo ... parece que lo tienen a la mira todo, y hazen trabaçón de cosa tan remota como Indias Orientales y Occidentales.¹⁶

A nivel estructural, la *Historia* se divide en cinco libros. El primero, el más extenso, abarca el periodo 1581-1590: desde la llegada de los primeros jesuitas a Filipinas hasta la llegada del propio autor en la flota del gobernador Gómez Pérez Dasmariñas. No obstante, en los primeros capítulos la narración retrocede en el tiempo hasta los inicios de la colonización del archipiélago, con la llegada de la expedición de Miguel López de Legazpi en 1565. Este primer libro se desmarca un poco de la temática principal del resto de la obra, la historia de los propios jesuitas, y se centra principalmente en los problemas de la colonia en la década de 1580, y en las relaciones exteriores con otros estados del Extremo Oriente, especialmente China y Japón. En este sentido, sobresale por encima del resto de cuestiones el protagonismo del jesuita Alonso Sánchez, cuya vida estuvo muy ligada al devenir de las Filipinas en los años críticos de aquella década.¹⁷ Todas sus actividades y gran parte de sus escritos son ampliamente tratados por Chirino en la *Historia* e incluidos en el corpus de la narración, formando parte integral de la misma. En este sentido, Jaume Górriz llega a declarar en la introducción a su edición de la obra que el protagonismo del padre Sánchez es tal que se le puede considerar «prácticamente ... coautor de ella».¹⁸

16. Pedro Chirino, *Història...*, p. 90.

17. Eduardo Descalzo Yuste, «Los inicios de la misión jesuita en Filipinas y la influencia del padre Alonso Sánchez (1581-1595)», comunicación presentada en la XIV Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna, Zaragoza, 1-3 de junio de 2016, pendiente de publicación; Pierre-Antoine Fabre, «Ensayo de geopolítica de las corrientes espirituales. Alonso Sánchez entre Madrid, Nueva España, Filipinas, las costas de China y Roma, 1579-1593», en *Órdenes religiosas entre América y Asia. Ideas para una historia misionera de los espacios coloniales*, coord. Elisabetta Corsi, México D.F., El Colegio de México, 2008, pp. 85-103.

18. Jaume Górriz, «Introducción...», p. 33. Aunque aceptamos que el papel del padre Alonso Sánchez en la narración es fundamental, consideramos la apreciación de Górriz un tanto excesiva.

Tras este primer libro, los cuatro restantes siguen una estructura muy similar. El libro segundo continúa la narración desde 1590, con la llegada del gobernador Gómez Pérez Dasmariñas, y empieza el relato de los trabajos misionales de la Compañía de Jesús fuera de la ciudad de Manila. A partir de este momento, los padres jesuitas se dedicaron a la evangelización y otros trabajos en los distintos pueblos en los alrededores de Manila y, a partir de 1595, en las zonas que les habían tocado en suerte en el reparto de influencias de las diferentes órdenes religiosas. Desde este punto de partida, Pedro Chirino despliega su narración hacia temas muy variados, que incluyen la descripción de las islas y sus habitantes adonde los jesuitas se trasladaban para evangelizar. Por otro lado, la crónica de sucesos políticos continúa en este segundo libro, en este caso abordando especialmente las relaciones con Japón, cuyo hito principal fue el martirio de veinticuatro cristianos –entre ellos tres jesuitas– en Nagasaki en 1597. El libro finaliza con la muerte de Antonio Sedeño, primer viceprovincial, el 1 de septiembre de 1595.¹⁹

Al padre Sedeño le sucedió el catalán Raymundo de Prado, cuyo mandato como viceprovincial da comienzo al libro tercero. Éste es, a excepción del primero, el libro que presenta una mayor desviación respecto al eje argumental de la *Historia*, adentrándose profundamente en temas de carácter etnográfico. En este sentido, casi todos los capítulos dedicados a etnografía e historia natural en este libro son trasladados directamente desde la *Relación*, aunque en algunas ocasiones se amplían un poco más. Por otro lado, la narración principal de los avances de la Compañía no se abandona, y se extiende hasta 1599, cuando llegó a Filipinas el visitador Diego García. Así pues, el libro cuarto se inicia con la visita realizada por este padre. La práctica totalidad de la narración se centra en la temática principal de la *Historia*, y no se aparta de ella sino en digresiones muy pun-

19. Sobre la figura de Antonio Sedeño, fundamental en estos primeros años de la Compañía en Filipinas, véase Eduardo Descalzo Yuste, «Antonio Sedeño S.I., pionero de las misiones jesuíticas de Ultramar», coords. José Martínez Millán, Henar Pizarro Llorente, y Esther Jiménez Pablo, en *Los Jesuitas. Religión, política y educación (siglos XVI-XVIII)*, III, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 2012, pp. 1643-1658.

tuales. Solamente el capítulo final se centra en sucesos políticos del año 1600, aunque sólo sea como excusa para narrar la muerte de un jesuita.

El libro quinto se inicia en 1601, con la llegada de nuevos jesuitas a las islas y el nombramiento de Diego García como nuevo viceprovincial. Este último libro es muy variado en cuanto a los temas abordados, y mezcla profusamente la evangelización, los sucesos políticos y la etnografía. Esta parte final de la *Historia* está llena de tribulaciones, ya que Chirino se centra de nuevo en los avatares históricos generales, que entre 1601 y 1606 fueron terribles: Manila fue arrasada por el fuego en 1602, en 1603 se produjo el primero de una serie de alzamientos de chinos en Manila y alrededores, se dieron pequeñas rebeliones en distintos puntos de las islas, etc. En todo este tiempo, fueron numerosas las muertes de padres jesuitas, en torno a las cuales reflexiona el padre Chirino al final de la *Historia*.

FRANCISCO COLÍN, EL GRAN DIFUSOR DE LA HISTORIA DE LA COMPAÑÍA EN FILIPINAS

La tarea historiográfica de Pedro Chirino fue continuada por el padre Francisco Colín. Nacido en Ripoll (Girona) en 1592, en el seno de una familia acomodada, ingresó en la Compañía de Jesús en 1607 en la ciudad de Barcelona. Al parecer, desde un primer momento tuvo intención de marchar a las misiones filipinas. Pese a algunas dificultades y a la oposición familiar, consiguió su propósito en el verano de 1625, cuando embarcó hacia Nueva España. De allí pasó a las Filipinas, adonde llegó en junio de 1626, convertido durante la travesía en confesor y consejero del nuevo gobernador del archipiélago, Juan Niño de Tabora (1626-1632). Tras ocupar una serie de cargos en la jerarquía de la Compañía en Filipinas, llegó a ser provincial en los primeros años de la década de 1640. Murió en 1660 en la villa jesuita de San Pedro Makati, a las afueras de Manila, donde pasó sus últimos años.²⁰

20. La biografía más detallada del padre Colín se encuentra en Pablo Pastells, «Introducción», en Francisco Colín, *Labor Evangélica, ministerios apostólicos de los*

La producción historiográfica del padre Francisco Colín se reduce a sólo una obra, la *Labor Evangélica, ministerios apostólicos de los obreros de la Compañía de Jesús. Fundación y progresos de su provincia en las Islas Filipinas*, publicada de forma póstuma en Madrid en 1663.²¹ Redactada ya en el retiro de San Pedro Makati, era una respuesta a los deseos de Felipe IV, quien en repetidas ocasiones había solicitado información acerca de la situación de la Compañía de Jesús en Filipinas. La *Labor Evangélica* es una obra fundamental para la historia de los jesuitas y para la del propio archipiélago.²² Sin embargo, no es en absoluto original, pues se basa en la *Historia* de Pedro Chirino.²³ El propio subtítulo de la

obrerros de la Compañía de Jesús. Fundación y progresos de su provincia en las Islas Filipinas. Nueva Edición ilustrada con copia de notas y documentos para la crítica de la historia general de la soberanía de España en Filipinas por el P. Pablo Pastells, S.I., 3 tomos, Barcelona, Heinrich y Compañía, 1900-1902, Tomo I, pp. 225-231. En adelante, citada como Colín-Pastells.

21. Francisco Colín, *Labor Evangélica, ministerios apostólicos de los obreros de la Comp. de Jesús. Fundación y progresos de su provincia en las Islas Filipinas. Historiados por el Padre Francisco Colín, Provincial de la misma Compañía, Calificador del Santo Oficio y su comisario en la Gobernación de Samboanga y su distrito. Parte primera sacada de los manuscritos del Padre Pedro Chirino, el primero de la Compañía que pasó de los Reynos de España a estas Islas por orden y a costa de la Catholica y Real Magestad. Con privilegio*. Madrid, José Fernández de Buendía, 1663. Posteriormente, la obra conoció una reedición aumentada en 1900-1902, a cargo del padre Pablo Pastells (vid. nota anterior).

22. Seguramente, su relevancia historiográfica se debe más a la reedición que se publicó a principios del siglo xx que a la primera edición de 1663. El padre Pablo Pastells se encargó de dicha reedición, en la que destaca un extenso aparato crítico que incluye no sólo notas explicativas y aclaratorias, sino también copias de numerosos documentos originales que ayudan a comprender mejor la obra, ya sea porque aclaran o amplían lo explicado por Colín. Además, se incluyen algunos textos de la *Historia* manuscrita de Chirino. Tras la publicación en 2001 de la *Historia* inédita de Chirino, la obra de Colín ha perdido algo de su valor, aunque el aparato crítico de la reedición de Pastells sigue siendo fundamental.

23. El padre Colín pudo consultar la *Historia* de Pedro Chirino, ya que además de coincidir con él en Filipinas entre 1626 (fecha en que el propio Colín llegó al archipiélago) y 1635 (año de la muerte de Chirino), tras la muerte de éste el manus-

obra, «sacada de los manuscritos del Padre Pedro Chirino», indica esta inspiración directa. Francisco Colín explicaba en el prólogo cuál había sido la actitud hacia la obra de su predecesor:

El disponer esta [historia], resumiéndola de la del Padre Pedro Chirino, que era algo difusa: y añadiendo lo que el tiempo ha ido aclarando más.²⁴

Pese a estar claramente basada en la *Historia* de Pedro Chirino, la *Labor Evangélica* presenta algunas diferencias notables. La primera es una ampliación del marco temporal al que se refiere: la obra de Francisco Colín se inicia con la expedición de Magallanes en 1519-1522 y finaliza en 1616, con la muerte del gobernador Juan de Silva. No obstante, en el Libro I se encuentra una cronología de los hechos más relevantes ocurridos en las islas desde su descubrimiento y conquista hasta la llegada del gobernador Juan Cerezo de Salamanca, en 1632.

Sin embargo, la diferencia principal entre ambas obras se aprecia en sus respectivas estructuras internas. Pedro Chirino intercalaba en su *Historia* las descripciones de las diversas islas, sus habitantes y algunos aspectos de su cultura en el curso de la narración, según lo requería la historia. Por su parte, la *Labor Evangélica* es mucho más clásica en cuanto a su estructura, siguiendo el modelo típico de este tipo de crónicas referidas a espacios lejanos a Europa. Así pues, el padre Colín dedica todo el Libro I, titulado *Descripción geográfica e histórica de las islas Filipinas*, a la descripción de las islas y sus habitantes, ya que para él es fundamental conocer el escenario de los hechos que se van a tratar más adelante, para así poder situar adecuadamente la historia y sus protagonistas en su contexto geográfico y cultural:

Por fundamento della [de la historia], y de todos sus libros, se pondrá en primer lugar una Descripción Geográfica, y también Histórica de las Filipi-

crita de la obra quedó en el Colegio de Manila, del que Colín fue rector entre 1636 y 1639. Estas circunstancias, unidas a su cargo como provincial, le permitirían un acceso sencillo al manuscrito inédito.

24. Colín-Pastells, *Labor Evangélica...*, Tomo I, p. XIII.

nas; como del Campo de nuestra labor Evangélica. Porque demás que así lo expresa el Real mandato; mal se haría concepto adecuado de la mies, y cosecha, sino estamos bien informados de la cantidad, y calidad de las tierras, viñas, o jardines, que la rinden. Y aunque de las Filipinas ay algo escrito, no es tan puntual, y bien averiguado, como va aquí...²⁵

Debido a la importancia otorgada a este aspecto, Colín se ocupa de temas tan diversos como el origen y la formación de las Filipinas y sus diversos pobladores; la descripción geográfica de las islas; el temple y calidad de su cielo y suelo; su fertilidad y riqueza, etc. Y lo hace de una forma científica, intentando dar respuesta a algunas cuestiones que se habían planteado con los nuevos descubrimientos: ¿cómo conciliar las Escrituras con la existencia del Nuevo Mundo? ¿Cómo llegaron los humanos y los animales a las tierras recién descubiertas? ¿Los nuevos territorios fueron creados durante la Creación, o eran posteriores?

Para Colín, es importante conocer el origen de los filipinos. Sin embargo, considera que para ello primero debía investigar el origen de las propias islas Filipinas. Éstas, igual que cualquier otra isla, podían tener tres orígenes: durante la creación del mundo o la *segunda creación* que fue el Diluvio; posteriormente debido a fenómenos naturales que inundaban tierras y dejaban una pequeña porción en la superficie; o finalmente por adición de materia con el tiempo, que formaría una masa de tierra por encima del agua. Tras repasar diversas teorías, el cronista concluye que en el archipiélago había islas de los tres orígenes referidos.²⁶

Una vez determinado el origen del territorio, Colín se centra en la procedencia de los nativos filipinos.²⁷ Cuando los españoles llegaron a las islas, encontraron tres tipos de gentes. Los primeros eran los «moros malayos», de los cuales descendían los tagalos, que serían originarios de las islas de Sumatra y Borneo, o de la zona de Malaca. Desde allí habrían pasado a Filipinas como emigrantes, comerciantes o debido a naufragios. Los bisayas, por su parte, provendrían de la zona de Macasar, en la

25. *Ibíd.*, p. xiv.

26. Colín-Pastells, *Labor Evangélica...*, Tomo I, pp. 6-14.

27. *Ibíd.*, pp. 15-18.

actual Indonesia. Finalmente, los habitantes de Mindanao, de religión musulmana, serían originarios de Ternate, en las Molucas. El segundo tipo de gentes existentes eran los llamados negrillos, los primeros habitantes de las islas, considerados salvajes que vivían en lo profundo de los montes, alejados de los núcleos de civilización. Según Colín, su origen debía estar en la India, adonde habrían llegado negros etíopes, y desde allí habrían ido saltando de isla en isla hasta llegar a las Filipinas. Finalmente, el tercer tipo de pobladores serían los ilayas o tingues, que en opinión del cronista eran mestizos de los dos grupos anteriores, y que «por eso en el color, trage, y costumbres gozan una medianía entre las otras dos diversidades de gentes».²⁸

En este primer libro Francisco Colín demuestra un elevado conocimiento científico. La búsqueda de respuestas le obliga a tratar el origen de los diferentes habitantes del archipiélago y a indagar cómo es la naturaleza, por qué es así y sus consecuencias sobre el orden natural y moral. Su discurso científico está lleno de referencias a autores antiguos y coetáneos, y sus digresiones sobre algunas de estas cuestiones alcanzan un alto grado de abstracción, teorización y refutación, al comparar lo escrito por otros con lo observado por él mismo.²⁹ Por otro lado, la obra de Colín es la primera que trata con cierta sistematización la flora y fauna del archipiélago filipino y de las Molucas. Pedro Chirino había tratado estos asuntos en su obra, pero de una forma mucho más dispersa y menos ordenada, además de demostrar un conocimiento científico mucho menor que el de Colín. Del mismo modo, autores anteriores, tanto religiosos como laicos, habían abordado estos temas de una manera tangencial. Los indígenas también fueron tratados por Colín, aunque sin originalidad, pues sus textos referidos a ellos eran copiados literalmente del padre Chirino, y se trataban los mismos temas: su ingenio, sus dialectos, su aspecto físico y su modo de vestir, sus costumbres, creencias religiosas y gobierno político, etc.

28. *Ibíd.*, p. 17.

29. Maria Antònia Martí Escayol, «Las descripciones geográficas: la introducción de las Filipinas en la ciencia europea», en *España y el Pacífico. Legazpi*, Tomo I, ed. Leoncio Cabrero, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2004, pp. 33-62.

Los tres libros restantes de la *Labor Evangélica* están dedicados a la propia historia de la Compañía de Jesús en Filipinas y sus progresos en la evangelización de los indígenas. La división de los libros corresponde al propio desarrollo histórico de la orden en las islas. Así, el libro segundo trata la llegada de los jesuitas al archipiélago y su evolución como misión dependiente de la Provincia de Nueva España (1581-1594). El tercer libro se centra en el periodo en que la misión fue elevada a viceprovincia (1594-1606). Finalmente, el libro cuarto se inicia con la concesión de la patente de Provincia jesuítica a las Filipinas, y relata los primeros diez años de historia de la misma (1606-1616). Los años sucesivos debían relacionarse en una segunda parte que, aunque proyectada por Colín, nunca fue escrita.³⁰

A diferencia de la *Historia* de Chirino, donde los acontecimientos políticos eran un tema marginal, en la *Labor Evangélica* la historia política del archipiélago aparece a lo largo de toda la obra. Durante el primer libro, además de la descripción geográfica de las islas, se expone su historia hasta 1581, cuando los jesuitas desembarcaron en Filipinas. A partir de entonces, historia política e historia de la Compañía se entretajan en una misma trama:

También se resumen en esta Descripción los sucesos generales de las Islas, que precedieron al año de 1581, en que llegó a ellas la Compañía, supuesto que los de después se tocan necesariamente en el discurso de la Historia, conforme lo pide la conexión de las cosas.³¹

La intención del autor no fue escribir una historia general de Filipinas, y se limitó a dar cuenta sólo de aquello que consideró imprescindible para la comprensión del resto de la historia por parte del lector:

No hacemos Historia general de las Islas (assunto de mejores, y más desocupados talentos) contamos solamente lo que nos parece necesario para que

30. «dejando para otro volumen los [años] que faltaren...», Colín-Pastells, *Labor Evangélica...*, Tomo I, p. XIII.

31. *Ibíd.*, p. XIV.

el ánimo del Lector destas nuestras Misiones, y ministerios no quede suspenso, ni tenga necesidad de recurrir a otros libros.³²

Por este motivo aparecen intercalados muchos hechos de carácter político y social relacionados con las islas, pero ajenos a la evolución histórica de la Compañía, como son los relativos a los gobernadores, obispos y arzobispos, los viajes del Galeón de Manila, las relaciones con los territorios vecinos y las diferentes expediciones militares llevadas a cabo desde Filipinas, además de otros muchos asuntos diversos. La crónica termina con una relación del número de religiosos, colegios, casas y residencias de la provincia de la Compañía de Jesús, además de las iglesias, partidos y doctrinas que administraba en 1656.

Es en los tres últimos libros de la *Labor Evangélica* donde se aprecian con mayor claridad las diferencias entre las obras de Chirino y Colín. A medida que se avanza en la lectura de la *Labor Evangélica*, se puede apreciar claramente que tiene un tono más «oficial» que la *Historia*. Seguramente, las circunstancias y motivaciones de la escritura de cada una tengan una influencia decisiva en este aspecto. Aunque la *Relación de las islas Filipinas* fue escrita a instancias del padre General Acquaviva, no tenemos constancia de que ocurriera lo mismo con la *Historia*. La *Labor Evangélica*, sin embargo, fue escrita en respuesta a las reiteradas peticiones de Felipe IV para tener noticias de las Filipinas y la labor que allí desarrollaba la Compañía. Por otro lado, este tipo de crónicas pretende ser una expresión colectiva de la historia de la Compañía. Pedro Chirino optó por un tipo de relato coral, con múltiples personajes que desfilan por la narración, que relatan en primera persona sus propias vivencias a través de cartas y relaciones, plasmadas muchas veces en el texto de forma literal. Pese a que los relatos de estos religiosos suelen ser muy parecidos, siguiendo una tipología más o menos definida, cada uno tiene sus particularidades, lo que los convierte en únicos. Francisco Colín, sin embargo, prescinde en muchas ocasiones de nombres propios y cita a los personajes en un sentido genérico («un padre, un hermano»).

32. *Ibíd.*, p. XIV.

Además, les retira su voz propia, pues extracta y narra a su manera lo que aquéllos habían dejado escrito. De esta manera, toda la narración adquiere un mismo tono, una cierta uniformidad que dota a la crónica de un carácter todavía más colectivo que la de su predecesor. Pero a pesar de este tono genérico, Colín incluye un mayor número de elogios y vidas de individuos, ya fueran miembros de la Compañía (padres o hermanos) o personas afines a ella (benefactores, personas espiritualmente afectas). La gloria de la Compañía intenta demostrarse a través de la exaltación de las vidas y virtudes de algunos de sus miembros, que debían servir de ejemplo y edificación para el lector. De esta manera, las características comunes que se desprenden de estas *laudatio* individuales (caridad, fe, mortificaciones, devoción extrema, humildad, obediencia, etc.) refuerzan el carácter colectivo de la crónica.³³

PEDRO MURILLO VELARDE, EL CRONISTA DEL TRIUNFO

Tras la publicación de la *Labor Evangélica* en 1663, la historia oficial de la Compañía de Jesús en Filipinas no contó con un cronista como lo habían sido Pedro Chirino y Francisco Colín hasta casi un siglo después, en la figura de Pedro Murillo Velarde. Más conocido como jurista que como historiador, la mayoría de trabajos centrados en su persona y su obra se han abordado desde esa disciplina.³⁴

33. En Eduardo Descalzo Yuste, «El perfecto jesuita en Filipinas: elogios de misioneros en la *Labor Evangélica* (1663) de Francisco Colín, SI», en *Memoria de los orígenes: el discurso histórico-eclesiástico en el mundo moderno*, ed. José Jaime García Bernal, Sevilla, Universidad de Sevilla, en prensa.

34. Nicholas P. Cushner, «Los jesuitas en Filipinas en el siglo decimosexto según el Menologio del P. Pedro Murillo Velarde», *Missionalia Hispanica*, 32 (1967), pp. 321-355; Isabelo Macías Domínguez, «El descubrimiento y la conquista en un cronista andaluz del siglo XVIII: Pedro Murillo Velarde», en *Congreso de Historia del Descubrimiento (1492-1556)*, *Actas Tomo IV*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1992, pp. 357-382; Luis Díaz de la Guardia y López, «Datos para una biografía del jurista Pedro Murillo Velarde y Bravo», *Espacio, tiempo y forma. Serie IV, Historia moderna*, 14 (2001), pp. 407-472; Carlos Villoria Prieto, «Demografía en los muni-

Pedro Murillo Velarde y Bravo, nacido en 1696 en la villa alpujarrense de Laujar de Andarax (Almería), era el séptimo de catorce hijos de una familia acomodada. Su meteórica carrera académica en las universidades de Granada y Salamanca, bajo la protección de su tío, Andrés Murillo Velarde y Ocaña, que llegó a ser obispo de Pamplona (1724-1728) se interrumpió con su ingreso en el noviciado de la Compañía de Jesús de Madrid, en octubre de 1718. De vocación misionera y devoto seguidor de San Francisco Javier, solicitó ser destinado a Filipinas, lo que consiguió en 1723 cuando, acompañando a Juan Antonio de Oviedo, visitador de la Provincia, partió hacia las islas, adonde llegó en octubre de ese mismo año. Tras dos años en las misiones tagalas y en las parroquias cercanas a Manila, en 1725 fue nombrado profesor de Derecho Civil y Canónico en el Colegio de Manila. Aunque viajó mucho por el archipiélago y ocupó diversos cargos, lo cierto es que su vida estuvo muy ligada al Colegio.³⁵ En 1749 viajó a Europa como procurador de la Provincia, y desarrolló una intensa actividad como hombre político ante las más altas instancias civiles y eclesiásticas. Estando en Roma en 1751, además de interceder por las Filipinas ante sus superiores, ante el Colegio de Cardenales y ante el mismo Pontífice, participó en la XVII Congregación General de la Compañía de Jesús, que tenía, entre otras finalidades, la de elegir a un nuevo Prepósito General, tras la muerte del padre Frantisc Retz. Aunque consiguió parte de sus objetivos en Europa, Pedro

cipios: Alpujarreños en Filipinas: Pedro Murillo Velarde», *Hespérides: Anuario de investigaciones*, 8 (2000), pp. 397-410; Hugo Hanisch Espíndola, «Pedro Murillo Velarde S.J., canonista del siglo XVIII: vida y obras», en *Congresos del Instituto de Historia del Derecho Indiano: actas y publicaciones*, IV, 2000 (VIII Congreso Internacional de Historia del Derecho Indiano. Tomo II), pp. 53-68; «Murillo Velarde, Pedro», en *Diccionario Histórico de la Compañía...*, Tomo III, p. 2771.

35. El 15 de octubre de 1735 fue designado visitador de las misiones de Zamboanga y Dapitán, en Mindanao. Dos años después, 1737, aparece como socio (secretario) del provincial José Astudillo en la misión de San Miguel, situada en los suburbios de Manila. Allí fue, entre 1737 y 1742, profesor de prima de Teología. En 1742 participó en la XXIII Congregación Provincial de la Compañía en Filipinas. En 1745, Murillo Velarde ocupaba, aún en Manila, la plaza de Cánones, puesto que tuvo que abandonar en 1746 al ser destinado a la misión de Antipolo.

Murillo Velarde no consiguió volver a las Filipinas. Sufriendo algún tipo de enfermedad (*melancolía*, según los textos), murió en el Puerto de Santa María (Cádiz), el 30 de noviembre de 1753, cuando se disponía a embarcar.

La producción del padre Pedro Murillo Velarde es extensa, y abarca diferentes temas. Seguramente, su obra más conocida en su tiempo fue el *Cursus juris canonici, hispani et indici* (1753), donde se incluían las leyes del reino de España y las Indias. La obra fue reeditada al menos dos veces, en 1763 y 1791. También de temática jurídica es su *Práctica de testamentos* (Manila, 1745). De carácter pastoral destaca el *Catecismo o instrucción christiana* (Madrid, 1752).

Otra de las obras más destacadas de Pedro Murillo Velarde en su tiempo fue la *Carta hydrographica y chorographica de las yslas Filipinas* (Manila, 1734). Se trata de un mapa de Filipinas encargado por el gobernador general Fernando Valdés Tamón, y se puede considerar el primer mapa científico del archipiélago. Tuvo una vida útil muy longeva, ya que era el utilizado mayoritariamente hasta que fue publicado el mapa de la expedición Malaspina en 1808.³⁶ Diez años más tarde, en 1744, apareció una versión diferente del mapa, con el título de *Mapa de las islas Philipinas hecho por el P. Pedro Murillo Velarde de la Comp^a de Jesús*, que a su vez tuvo dos ediciones ligeramente distintas.

Pese a la importancia que tuvieron y tienen estas obras, entre la producción del padre Pedro Murillo Velarde destacan especialmente dos. La primera de ellas es su *Geographia histórica* en diez volúmenes (Madrid, 1752), que pretendía abarcar todo el mundo conocido, describiendo no sólo los territorios, sino también sus condiciones naturales y sus habitantes. El volumen VIII es el dedicado a las Filipinas: *Geographia histórica de las islas Philipinas, del África, y de sus islas adyacentes*.³⁷ En esta obra se manifiesta una visión menos eurocentrista que en muchos de

36. T.H. Pardo de Tavera, *El mapa de Filipinas del P. Murillo Velarde*, Manila, Tipo-Litografía de Chofré y Comp., 1894.

37. Pedro Murillo Velarde, *Geographia histórica de las islas Philipinas, del Africa, y de sus islas adyacentes*, Madrid, Oficina de Gabriel Ramírez, Criado de la reyna viuda nuestra Señora, en la calle de Atocha, frente a la Trinidad Calzada, 1752.

sus antecesores. De las Filipinas destaca el autor sus riquezas naturales y el comercio que se produce en Manila, lo que le lleva a calificar a la ciudad como excepcional, destacando su posición privilegiada:

El comercio es su mayor artificio ... en ninguna parte del Mundo se halla País en mejor constitución para el comercio, en medio de las dos Indias, que son los más ricos Países del Universo; de suerte, que de Manila se puede decir con más razón, lo que los árabes decantaban de Ormuz, que si el mundo fuera un anillo, Ormuz sería el Diamante que le adornase.³⁸

Pero sin duda la gran obra del padre Pedro Murillo Velarde es su *Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús, Segunda Parte, 1616-1716* (Manila, 1749), que completa la historia oficial de la Compañía de Jesús en Filipinas en su primera etapa en Filipinas. La narración se inicia allí donde la dejó el padre Colín, en 1616, y se alarga hasta el año 1716. Sin embargo, en algunas ocasiones el autor supera este marco temporal para explicar alguna cuestión determinada que tiene su desenlace en fechas posteriores.

La *Segunda Parte de la Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús* consta de cuatro libros, cada uno de los cuales avanza cronológicamente, pero al mismo tiempo centrado en una cuestión concreta. Así pues, el Libro I retoma el hilo de la obra de Colín y continúa la narración de los hechos ocurridos desde 1616 hasta llegar a 1634; el Libro II se centra en la misión y conquista de las islas de Mindanao y Joló, controladas por los musulmanes; el Libro III detalla los progresos de la Provincia hasta 1653; finalmente, el Libro IV narra el inicio y desarrollo de la evangelización de las islas de los Ladrones, llamadas después islas Marianas, y el descubrimiento de las islas Palaos, al mismo tiempo que presenta los sucesos de Filipinas hasta 1716.

Pese a ser una continuación directa de las crónicas de Pedro Chirino y Francisco Colín, la obra de Murillo Velarde presenta notables diferencias con las de sus predecesores. Las de aquéllos no eran solamente obras religiosas, ya que en la narración insertaban descripciones geográficas de

38. *Ibíd.*, p. 32.

las islas y descripciones antropológicas y etnológicas de los diferentes pueblos que aparecían en el curso de su relato. Sin embargo, Murillo Velarde no aborda ninguno de estos temas de manera específica. Sólo cuando introduce las cuestiones relativas a Mindanao y las Marianas ofrece alguna descripción geográfica y etnográfica, pero de una manera tan sucinta que apenas se puede considerar relevante. Dos son las posibles razones que justifiquen esta ausencia. En primer lugar, el hecho de que en la crónica de Colín estos temas ya estuvieran tratados, por lo que el autor podría considerar que los eventuales lectores ya tendrían conocimiento de estas cuestiones por haber leído la primera parte. En segundo lugar, la ausencia podría deberse a que Murillo Velarde abordaba estos temas en su *Geographia histórica*, y por tanto pudo considerar que no tenían cabida en su crónica religiosa.³⁹

Por otro lado, el tratamiento de la historia política es diferente al que le habían dado sus predecesores. Si Pedro Chirino apenas hacía alguna referencia y Francisco Colín aportaba algunos sucesos aquí y allá, en la *Segunda Parte de la Historia* de Murillo Velarde la historia política tiene un papel fundamental. Los libros II y IV son en gran parte relatos de «política exterior», aunque los enfrentamientos con holandeses y piratas chinos están muy presentes también en el resto de la obra, debido a la influencia que tuvieron en el desarrollo del siglo xvii en Filipinas. El Libro II se centra especialmente en las islas de Mindanao y Joló, habitadas por filipinos islamizados, y los intentos de la Compañía por llevar a cabo su evangelización. En el Libro IV la narración se centra en los inicios de la evangelización de las islas Marianas por parte del padre Diego Luis de Sanvitores en 1668. Por otra parte, se refieren algunas noticias sobre las Carolinas y las Palaos. Ambos archipiélagos fueron poco frecuentados por los españoles hasta finales del siglo xvii. Pedro Murillo Velarde relata los diferentes viajes que se realizaron a partir de 1686 para intentar determinar la posición exacta de las islas y valorar su eventual

39. Los capítulos de dicha obra son los siguientes: I. *De las Philipinas*; II. *De los Frutos*; III. *De los Animales*; IV. *De la Riqueza, y Comercio*; V. *De los Indios*; VI. *De la Conquista, y Sucessos de estas Islas*; VII. *De Manila*; VIII. *De Pangasinán, Ilocos, Cagayán, Camarines, Zebú, y varias Islas*; IX. *De Mindanao*.

evangelización. Algunas expediciones llevaron consigo misioneros jesuitas, pero en general fracasaron en su empeño y en ocasiones se saldaron con la desaparición o la muerte de los expedicionarios.

Además de la política exterior, la historia política «interna» del archipiélago filipino también tiene una gran importancia en la obra de Murillo Velarde, tanto que se puede considerar como uno de los ejes principales que articula la crónica. En este aspecto, el autor se desmarca notablemente de sus predecesores en cuanto al objetivo y la intencionalidad de la obra. Si el objetivo de Chirino y Colín era fomentar vocaciones, el de Pedro Murillo Velarde era muy diferente. Las obras de los primeros son crónicas de orígenes, pues narran las primeras décadas de la implantación de la Compañía de Jesús en Filipinas, con todos sus logros y dificultades iniciales (más o menos exagerados). La *Segunda Parte de la Historia*, sin embargo, fue redactada en el momento de mayor esplendor de la Compañía, tanto en el contexto internacional general como en el particular filipino. Una situación de fortaleza que permitió al cronista expresarse con una libertad y una contundencia de las que no disfrutaron sus predecesores. En este sentido, el interés de Murillo Velarde por la historia secular iba más allá de las leves referencias de Francisco Colín, destinadas a contextualizar la acción misionera de la Compañía. Indudablemente, ambos cronistas incluyeron en su narración la historia política para poder comprender mejor la religiosa. Sin embargo, en el caso de Murillo Velarde, se percibe un cierto afán de ajustar cuentas con el siglo por parte de los jesuitas filipinos, tanto en sentido positivo como negativo. Quizás, como jurista que era, le apasionaba pleitear. Así pues, en muchas ocasiones la narración de unos hechos seculares parece no ser más que una excusa para elevar o hundir a un personaje o una institución, relatando situaciones de auténtico acoso y derribo. Las palabras de Murillo Velarde al respecto no dejan lugar a la duda:

porque si la Historia, es teatro glorioso de los Héroes, y elogio público de las hazañas, y mérito, es también público cadahalso, en que se castigan con pública ignominia las sordidezes de los indignos. El temor de este justo castigo refrena a aquellos a quien la gloria, y el pundonor no estimula, pues aunque sepan deslumbrar con apariencias, con falacias, con cabilosidades, o con sobornos a los Superiores, para huir el castigo, y aun para arrebatarse injustamente el premio,

no pueden alterar ni corromper la entereza, la rectitud, la severidad de la Historia, que al fin los coloca en el nicho, que merecen, y los representa al mundo con el hábito de la ignominia correspondiente a su indignidad, y demérito.⁴⁰

Así pues, la Historia sería jueza implacable de los justos y de los indignos, y el cronista-historiador su brazo ejecutor, papel que el padre Murillo Velarde ejerce con pasión. Sin duda, su formación como jesuita y los estudios de la *Ratio Studiorum*, en la que se estudiaban las autoridades clásicas como Cicerón, habían sido determinantes para remarcar este papel de la Historia como luz de verdad y mortificación de los malvados. En este sentido, ensalzaba a los benefactores de la Compañía y vituperaba a sus enemigos, ya lo fueran por convicción o por descuido. Por ejemplo, el gobernador Juan Niño de Tavora (1626-1632) era elogiado por parte de Murillo Velarde, no sólo como benefactor de la Compañía (llegó a ser enterrado en la iglesia de los jesuitas de Manila), sino como ejemplo de gobernador responsable, preocupado por la seguridad y la prosperidad del archipiélago: «Procedió con tal justificación, rectitud, y desinterés, que no tuvo cargo alguno en su Residencia».⁴¹ Por contra, el cronista criticaba a los españoles que preferían su ganancia material a la salvación de las almas:

algunos (no todos) los Españoles de estas Islas (poco dignos de tan glorioso nombre, por no tener el pundonor, ni obligaciones de tales, sino poco más que el color) más ansiosos de la hacienda, que de la honra militar; y más amigos de sus intereses, que de la causa de Dios, ni del Rey, sienten vivamente estas empresas militares, como impedimento de su descanso, y ociosidad. Esto los irrita contra nosotros, como promotores de estas ideas, y aun parece, que de propósito concurren al infeliz éxito de las Armadas, según la tardanza, y mala conducta, con que se dirigen, por quitar de rayz la causa, que les da tanta inquietud. Y como el Navío vaya, y venga de Acapulco con mucha plata, estarán muy contentos aunque se profane, y ultrage el Santísimo Sacramento, aunque se quemem los Pueblos, se destruya la Christiandad, cautiven

40. Pedro Murillo Velarde, *Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús. Segunda Parte, 1616-1716*, Manila, 1749, núm. 648.

41. *Ibíd.*, núm. 156.

los Indios, y Sacerdotes, y se vilipendie el nombre Español, pues todo esto pesa poco en su aprecio, si se compara a su interés, y ganancias.⁴²

Además del interés por la historia política secular, el segundo eje fundamental sobre el que se articula la crónica de Murillo Velarde es la enorme cantidad de elogios de miembros de la Compañía y personas afines a la misma. En un contexto de fortaleza, la orden ya no necesitaba reclamar vocaciones, y tras casi un siglo y medio de presencia misionera en las Filipinas podía presentar una hoja de servicios repleta de logros. Así pues, la obra se puede considerar un enorme menologio. A lo largo de sus páginas se pueden contabilizar unos 230 elogios, de una extensión muy variable, desde unas breves líneas hasta capítulos enteros. En esos elogios se pueden detectar unas pautas más o menos claras para la creación de una imagen de misionero ideal, destacando virtudes como la humildad, la obediencia, el celo por la salvación de las almas, la mortificación interna y externa, la continua oración, etc. Así pues, la crónica expone a sus varones ilustres como el hilo conductor de la narración y se convierte así en una expresión colectiva de la historia de la orden, ya que a través de sus trabajos y sus virtudes se demuestra qué es y cómo se comporta la Compañía de Jesús en Filipinas.

Finalmente, hay que destacar un aspecto curioso de la crónica de Pedro Murillo Velarde. Este tipo de obras presentan siempre una imagen idílica de la labor realizada por los jesuitas y el territorio donde la desarrollan. La *Segunda Parte de la Historia* no es diferente en este sentido. Sin embargo, pese al tono triunfante y autosuficiente de la obra, destaca vivamente un pasaje de la misma. En el Capítulo XXI del Libro II, el autor describe de manera cruda y descarnada las miserias y penurias que los jesuitas debían sufrir en el desempeño de su labor evangelizadora, especialmente en las zonas más aisladas. Así, lamenta la soledad a la que debían enfrentarse los misioneros, con el grave perjuicio que ello causaba a su salud física y espiritual. A esto había que sumar la incomodidad de los desplazamientos, debido a la dispersión de la población y al

42. *Ibíd.*, núm. 196.

clima del archipiélago filipino, donde el sol, la humedad y las lluvias maltruchaban la salud de cualquiera. En el mismo sentido, Murillo Velarde lamenta la gran cantidad y variedad de trabajos que debían desempeñar los misioneros, lo que les provocaba una mayor fatiga y les privaba del tiempo necesario para dedicarse a su labor principal, la evangelización.⁴³ La inclusión de estos pasajes en una crónica oficial, redactada con una intención propagandística y laudatoria, puede parecer fuera de lugar. Sin embargo, el propio cronista deja constancia de la razón por la cual hace referencia a estas penurias y miserias que sufrían los misioneros: «para que se sepa, lo que hazen, y padecen los Ministros Evangélicos:

que es más de lo que juzgan los superficiales. El que está en la Corte con dificultad se compadece, del que milita en la campaña, ni el que está en tierra, del que padece en el mar; porque no experimentan los trabajos, ni peligros de la guerra, o los naufragios».⁴⁴

En el fondo, era un recurso más de Pedro Murillo Velarde para reivindicar la labor llevada a cabo por los jesuitas en Filipinas, no sólo de carácter misional, sino también social y cultural. Y no sólo frente a los críticos de la Compañía, sino también frente a las propias estructuras internas de la misma, aquellas situadas en los centros de poder y decisión que, en ocasiones, parecían olvidar que gran parte de su fuerza y su prestigio residía en las actuaciones de sus operarios a lo largo y ancho del mundo.

CONCLUSIONES

La historia oficial de la Compañía de Jesús en Filipinas fue, como en muchos otros lugares, un proceso acumulativo. Las obras de Pedro Chirino, Francisco Colín y Pedro Murillo Velarde, escritas en diferentes momentos de la trayectoria de la orden en el archipiélago, representan unos modelos diferentes según el gusto y las circunstancias de cada época.

43. Pedro Murillo Velarde, *Historia...*, núm. 389.

44. *Ibíd.*

Sin embargo, en lo sustancial comparten una misma característica: son obras destinadas a proyectar una imagen determinada de la Compañía de Jesús en Filipinas, ante el mundo y ante la Historia.

Como hemos podido apreciar, la *Relación* de Chirino es una crónica de orígenes, con un marcado carácter divulgativo para dar a conocer los primeros pasos de la incipiente misión de Filipinas. Su ampliación posterior, la *Primera Parte de la Historia de la Compañía de Jesús en Filipinas*, debía ser una obra mucho más amplia, siguiendo un modelo inspirado en la *Historia Natural y Moral de las Indias* de José de Acosta. La novedad de las Filipinas para los europeos obligaba a presentar el territorio y sus habitantes, destacando elementos maravillosos que pudieran llamar la atención y saciar el interés de los curiosos. Fue Francisco Colín quien desarrolló esta idea, al redactar su *Labor Evangélica*, basándose en el manuscrito de Chirino. Ya en el siglo XVIII, el padre Pedro Murillo Velarde narró los avances de la Compañía en nuevos territorios del Pacífico (Marianas, Palaos, etc.). Los tiempos habían cambiado, y la orden estaba sólidamente asentada en las Filipinas, así como en todo el mundo. La fortaleza de que gozaban los jesuitas permitió a Murillo Velarde redactar una obra mucho más triunfalista que las de sus predecesores.

Así pues, lo largo de más de siglo y medio de permanencia en las islas Filipinas, la Compañía de Jesús supo elaborar su propia historia oficial, donde presentó una imagen determinada al mundo, siguiendo una política general de la orden que se había instalado ya desde su fundación. Al mismo tiempo, los cronistas jesuitas contribuyeron a la inclusión de las Filipinas en el universo mental de los europeos, actuando no sólo como historiadores, sino como verdaderos mediadores culturales.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, José de, *Historia Natural y Moral de las Indias*, Sevilla, Juan de León, 1590.
- Arzubialde, Santiago, Corella, Jesús y García Lomas, José M^a (eds), *Constituciones de la Compañía de Jesús. Introducción y notas para su lectura*, Santander-Bilbao, Sal Terrae, 1993.

- Chirino, Pedro, *Relación de las islas Filipinas y de lo que han trabajado en ellas los PP. de la Compañía de Jesús*, Roma, Esteban Paulino, 1604.
- , *Relación de las Islas Filipinas y de lo que en ellas han trabajado los padres de la Compañía de Jesús*, Manila, Imprenta de D. Esteban Balbás, 1890.
- , *Història de la Província de Filipines de la Companyia de Jesús, 1581-1606*; prólogo de Miquel Batllori, transcripción de Jaume Górriz, Barcelona, Ed. Pòrtic, 2000.
- Colín, Francisco, *Labor Evangélica, ministerios apostólicos de los obreros de la Comp. de Jesús. Fundación y progresos de su provincia en las Islas Filipinas. Historiados por el Padre Francisco Colín, Provincial de la misma Compañía, Calificador del Santo Oficio y su comisario en la Gobernación de Samboanga y su distrito. Parte primera sacada de los manuscritos del Padre Pedro Chirino, el primero de la Compañía que pasó de los Reynos de España a estas Islas por orden y a costa de la Catholica y Real Magestad*, Madrid, José Fernández de Buendía, 1663.
- , *Labor Evangélica, ministerios apostólicos de los obreros de la Compañía de Jesús. Fundación y progresos de su provincia en las Islas Filipinas. Nueva Edición ilustrada con copia de notas y documentos para la crítica de la historia general de la soberanía de España en Filipinas por el P. Pablo Pastells, S.I.*, 3 tomos, Barcelona, Heinrich y Compañía, 1900-1902.
- Cushner, Nicholas P., «Los jesuitas en Filipinas en el siglo decimosexto según el Menologio del P. Pedro Murillo Velarde», *Missionalia Hispanica*, 32 (1967), pp. 321-355.
- Descalzo Yuste, Eduardo, «Antonio Sedeño S.I., pionero de las misiones jesuíticas de Ultramar», en *Los Jesuitas. Religión, política y educación (siglos XVI-XVIII)*, coords. José Martínez Millán, Henar Pizarro Llorente, y Esther Jiménez Pablo, Vol. III, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 2012, pp. 1643-1658.
- , «El perfecto jesuita en Filipinas: elogios de misioneros en la Labor Evangélica (1663) de Francisco Colín, SI», en *Memoria de los orígenes: el discurso histórico-eclesiástico en el mundo moderno*, ed. José Jaime García Bernal, Sevilla, Universidad de Sevilla, en prensa.
- , «Los inicios de la misión jesuita en Filipinas y la influencia del padre Alonso Sánchez (1581-1595)», comunicación presentada en la XIV Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna, Zaragoza, 1-3 de junio de 2016, en prensa.
- Díaz de la Guardia y López, Luis, «Datos para una biografía del jurista Pedro Murillo Velarde y Bravo», *Espacio, tiempo y forma. Serie IV, Historia moderna*, 14 (2001), pp. 407-472.

- Fabre, Pierre-Antoine, «Ensayo de geopolítica de las corrientes espirituales. Alonso Sánchez entre Madrid, Nueva España, Filipinas, las costas de China y Roma, 1579-1593», en *Órdenes religiosas entre América y Asia. Ideas para una historia misionera de los espacios coloniales*, coord. Elisabetta Corsi, México D.F., El Colegio de México, 2008, pp. 85-103.
- Górriz, Jaume, «Introducción», en Pedro Chirino, *Història de la Província de Filipines de la Companyia de Jesús, 1581-1606*; prólogo de Miquel Batllori, transcripción de Jaume Górriz, Barcelona, Ed. Pòrtic, 2000, pp. 27-38.
- , «Pedro Chirino en la historiografía filipina: el manuscrito inédito de la Primera Parte de la Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús», eds. M^a Dolores Elizalde Pérez-Grueso, Josep M. Fradera y Luis Alonso, en *Imperios y naciones en el Pacífico. Vol. I. La formación de una colonia: Filipinas, Madrid, CSIC, 2001, pp. 227-247.*
- Hanisch Espíndola, Hugo, «Pedro Murillo Velarde S.J., canonista del siglo XVIII: vida y obras», en *Congresos del Instituto de Historia del Derecho Indiano: actas y publicaciones*, IV, 2000 (VIII Congreso Internacional de Historia del Derecho Indiano. Tomo II), pp. 53-68.
- Macías Domínguez, Isabelo, «El descubrimiento y la conquista en un cronista andaluz del siglo XVIII: Pedro Murillo Velarde», en *Congreso de Historia del Descubrimiento (1492-1556). Actas Tomo IV*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1992, pp. 357-382.
- Martí Escayol, Maria Antònia, «Las descripciones geográficas: la introducción de las Filipinas en la ciencia europea», en *España y el Pacífico. Legazpi*, Tomo I, ed. Leoncio Cabrero, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2004, pp. 33-62.
- Murillo Velarde, Pedro, *Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús. Segunda Parte, 1616-1716*, Manila, 1749.
- , *Geographia histórica de las islas Philipinas, del Africa, y de sus islas adyacentes*, Madrid, Oficina de Gabriel Ramírez, Criado de la reyna viuda nuestra Señora, en la calle de Atocha, frente a la Trinidad Calzada, 1752.
- O'Neill, Charles E. y Domínguez, Joaquín M^a (dirs.), *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico Temático*, Roma-Madrid, Institutum Historicum S.I.-Universidad Pontificia de Comillas, 2001, 4 tomos.
- Pardo de Tavera, T.H., *El mapa de Filipinas del P. Murillo Velarde*, Manila, Tipo-Litografía de Chofré y Comp., 1894.
- Prieto Lucena, Ana M^a, *El contacto hispano-indígena en Filipinas según la historiografía de los siglos XVI y XVII*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1993.

- Rubial, Antonio, «La crónica religiosa: historia sagrada y conciencia colectiva», en *Historia de la literatura mexicana. La cultura letrada en la Nueva España del siglo xvii*, coord. Raquel Chang-Rodríguez, México, Siglo XXI, 2002.
- Ruiz Jurado, Manuel, «Fr. Pedro Chirino, S.J. and Philippine Historiography», *Philippine Studies*, XXIX, 3-4 (1981), pp. 345-360.
- Villoria Prieto, Carlos, «Demografía en los municipios: Alpujarreños en Filipinas: Pedro Murillo Velarde», *Hespérides: Anuario de investigaciones*, 8 (2000), pp. 397-410.